



Palabras de Vida VII

R.P. Antonio Gutiérrez M.Sp.S.

PALABRAS DE VIDA VII

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

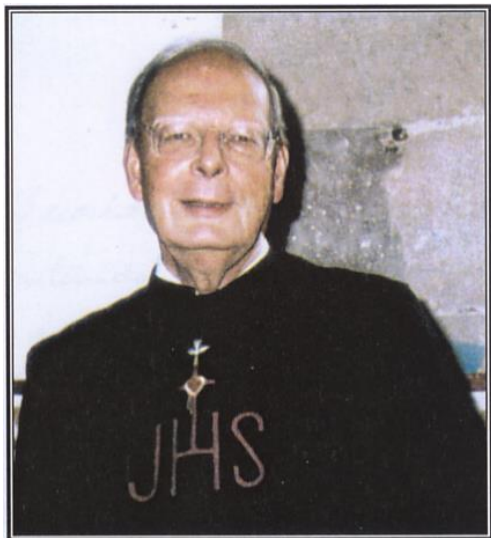
www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

NOVIEMBRE 2016

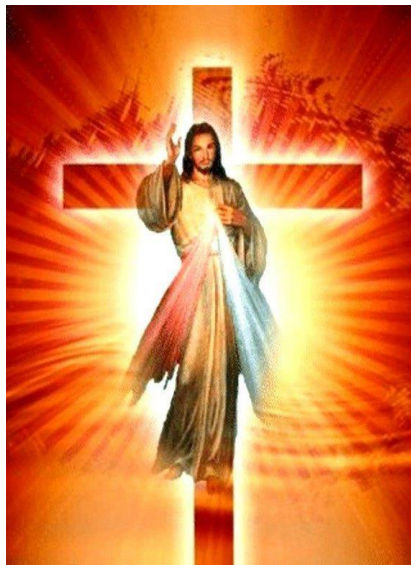
5,000 Ejemplares



El Padre Antonio Gutiérrez, nació en la Ciudad de Morelia (México), el 30 de agosto de 1932. Fue consagrado sacerdote de la Ciudad de Roma en 1958. Cursó los estudios teológicos en la Universidad Angelicum de Roma (1955-1959).

Obtuvo el Doctorado en Teología en la Universidad de Fribourg, Suiza (1961). Profesor de Filosofía y Teología en el Escolástico de los Misioneros del Espíritu Santo (1962-1965). Maestro de novicios (1966-1972). Fue enviado a Roma como procurador general del Instituto ante la Santa Sede (1974-1978). Fundó la comunidad de los M.Sp.S., en Armstorf, Alemania (1978-1981). Prestó sus servicios en la Parroquia de Guadalupe en Madrid (1981-1982). Se ha dedicado durante doce años a la predicación de ejercicios espirituales a sacerdotes y religiosos. Y recientemente colaboró en la Parroquia de la Santa Cruz de Pedregal en la Ciudad de México.

NUESTRA CONCIENCIA ES LA ESTRELLA QUE NOS CONDUCE A JESÚS



La Epifanía de Dios quiere decir Manifestación de Dios, Manifestación de Jesucristo. Apoyados en el texto, que hoy tiene que convertirse en experiencia, debemos preguntarnos: "¿Dónde está esa estrella que me conduzca, que me guíe

a ese Dios, a ese Salvador de todos los hombres? ¿Dónde está esa estrella, ese signo que sea una experiencia fuerte que nos convenza hacia dónde debemos dirigirnos? ¿A quién debemos buscar para llegar al encuentro?"

Yo les confieso que yo no he encontrado esa estrella fuera de mí. No la he encontrado en los libros. He



encontrado esa estrella dentro de mí mismo, porque tengo conciencia.

Para encontrar esa estrella, esa luz que me impulse de una manera irresistible para encontrar al Salvador, necesito aceptarme, necesito ser sincero conmigo mismo, sin doblez, sin engaño, sin excusas. Ante la pregunta de "¿Quién Soy?", trato de ver hasta el fondo, la grandeza del hombre, y al mismo tiempo su vacío, sus limitaciones su pequeñez.

Es necesario descubrir hacia quien me señala esa estrella, que es mi conciencia. Porque, al fin y al cabo, queramos o no, hemos sido hechos a



semejanza de Dios. Y si una imagen tuviera conciencia, si pudiera hablar, apuntaría hacia la realidad que representa.

Nosotros somos imagen de Dios, y cuando nos

atrevernos, -fíjese bien la palabra que uso, cuando nos atrevemos- Con sinceridad a ver lo que somos, tenemos que apuntar, tenemos que buscar de una manera incansable, tenemos que orientarnos, hacia aquella realidad que nos corresponde, hacia aquel que responde a lo que tenemos dentro, a nuestras propias necesidades, a los signos de nuestra grandeza como seres libres, como hombres hambrientos de felicidad, como los necesitados de paz interior. Tenemos que andar buscando y descubrir hacia donde apunta ese interior mío.



No le huyamos a nuestro interior. No vivamos hacia afuera. Ni la ciencia, ni la técnica, ni la civilización, ni ningún progreso externo, nada de esto -puesto que es inferior al hombre porque es creación del hombre- es capaz de darnos la respuesta. Tenemos que buscar a alguien por encima de nosotros. Cuando nos acercamos a Cristo, a su Palabra, a la Eucaristía, a su vida, encontramos que allí está la respuesta, a esas ansias que llevamos dentro. Allí nos podemos descubrir con nuestras grandezas y con nuestras miserias, con nuestro pecado y con nuestras limitaciones, con nuestro dolor, con nuestras incertidumbres y nuestras dudas.

Ante ese Cristo, tal como se nos revela en el Evangelio, le podemos entregar nuestro pasado por duro y oscuro, por pecaminoso y tenebroso que sea. Hay que desplegarlo en su Presencia. Al fin y al cabo,



ese Cristo, que se nos manifiesta en el Evangelio, es un Dios-Amor. Es un Dios Misericordioso, que ha venido a nosotros sabiendo que lo necesitamos. Por eso, se hizo hombre el Hijo de Dios, para manifestarse, para estar cerca de nosotros, para entender nuestro corazón.

A ese Cristo a donde señala la conciencia -si somos sinceros- lo podemos encontrar en el interior de nosotros mismos. Pensemos en este momento con



sinceridad: Mi interior, lo más bello que tengo, mi conciencia, ¿a quién debe ir? ¿Necesito el poder? ¿Es la solución? ¿Lo es el dinero, como mi bien absoluto de mi vida, como mi Dios? ¿Necesito a otra persona, igual a mí de frágil, de mortal, de pecadora, de imperfecta o de ignorante?

El, Cristo está cerca de nosotros, está dentro de nosotros. ¡Démosle tiempo a ese interior que llevamos dentro!



Todo, en la situación actual, hace que nos volvamos hacia afuera. Nos parecemos a esas viejecitas ignorantes que ya

no tienen que hacer, y que se pasan en el balcón, viendo hacia afuera, a ver quién pasa. Porque, de hecho, dentro de la casa está oscuro, y les da miedo o se aburren, no encuentran nada.

Por eso les decía: ¡Atrevámonos! ¡Atrevámonos a mirar a nuestro interior! Y preguntémosnos: ¿Quién soy? ¿Qué hay en mi corazón? ¿Que anhela? ¿Quién dará respuesta a lo que llevo dentro?

San Agustín decía: "Señor, yo ansiosamente te buscaba fuera de mí, cuando tú estabas dentro de mí". Allí está Dios, en nuestro interior, que es en donde se encuentra nuestra conciencia, y allí hay

que buscar, y dejarnos guiar por los signos que Dios nos da, y que son adecuados a nuestra condición, como profesionistas, como sacerdotes, como padres o madres de familia, como trabajadores, así como esos hombres de ciencia, los magos que describe el Evangelio, que estudiaban los signos en los astros. Esos hombres de ciencia vieron una estrella milagrosa, un signo, y se fueron detrás de ella, para encontrar al Salvador.

Esa es la tarea de nuestra vida: Buscar, buscar al Santo, porque lo necesitamos apremiantemente. Porque si no, vivimos nuestra vida sin respuesta a tantas interrogantes, que constantemente nos planteamos.

Esto se realiza cuando nos acercamos a Cristo, quien continuamente nos habla, y nos dice: "Sí me sigues, ya no caminarás en tinieblas". "Acércate a mí, para que tengas vida. " "Tú no tienes paz, Yo te la doy". "Tú no tienes vida, la arrastras, la soportas, Yo he



venido para que tengas vida, y la tengas en abundancia".

La vida no está afuera, la llevamos dentro. Es allí, en donde Dios quiere habitar, y darnos vida en plenitud. Nosotros hemos decidido ser cristianos por el Don de la Fe, y hemos venido aquí a

buscar el perdón. Buscamos ser felices, buscamos luz buscamos paz. ¡Buscamos a Alguien, no a algo!

Al venir aquí, nos vamos encontrando con la realidad de aquella estrella, y también caemos postrados, y adoramos a ese Dios, que se hace Presente en el Pan y el Vino, y que nos regala su Palabra.

A partir de aquí, al pasar el tiempo, la vida se va haciendo más madura, más plena, más sabrosa, y le encontramos sentido a la existencia cuando acogemos, abrazamos, y adoramos a Cristo, el Salvador.

Te adoramos Señor, en este momento. Adorar quiere decir reconocer que tú tienes todo derecho sobre mi vida, sobre mi pecado, sobre mi futuro, sobre mi presente, sobre lo que soy, lo que tengo y lo que deseo. Adorar es poner todo en tu Corazón, ya que tú lo sabes todo y me amas.

QUEREMOS ALEGRAR EL CORAZÓN DE DIOS



Esta primera lectura me hace recordar lo que nos aconsejan a nosotros los

sacerdotes. Dicen que si queremos llegar al corazón de los padres cuando vienen a nosotros con su niño sucio, mocososo, saquemos nuestro pañuelo y limpiemos su naricita, para que el niño esté en paz. Los padres mostrarán gratitud y nos ganaremos su simpatía.

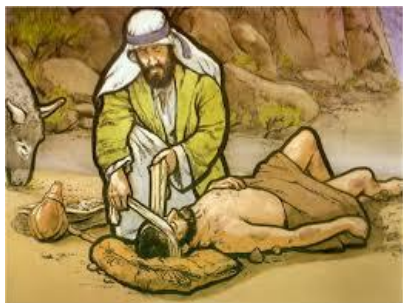
Nos dice San Juan: "El que ama a un padre, ama también a los hijos de éste." Si queremos alegrar el

corazón de Dios, tenemos que acercarnos al hermano, hermano que talvez nos ha ofendido, hermano que se ha declarado enemigo nuestro o hermano que vemos colmado de miseria. Ese es el modo de agradecer al Padre.

Además, es el mandamiento que Dios nos da: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo." "Ama a tu enemigo, bendice al que te persigue"

Nos pide el Señor eso que es extraordinario, pero nos da ese amor, ese amor que es participación del amor que Él nos tiene. Nos creó por amor, Él nos amó primero y nos sigue amando, porque Dios es Amor y nos comunica ese amor para brindarlo al hermano.

Por eso nuestra vida cristiana tiene que simplificarse, tenemos que amar. Si amo, perdono, y pido perdón. No tengo más que asomarme a ese corazón de Jesús para ver lo que en Él hay de luz. Ese corazón lleno de amor.



Es en la cercanía de Dios como yo puedo amar, como puedo vivir la vocación de ser imagen y semejanza de Dios, de ser hijo del Amor.

Es el amor que Dios nos tiene el que nos hace amar y ver nuestro pecado. Al final dice San Juan: "Nuestra fe es la victoria sobre el mundo y el pecado." Por eso estemos convencidos de que Dios nos ama. Dejémonos amar por Él, porque no puede ser de otra manera.

Crear en su amor es lo que nos hace superar este mundo que nos rodea, en el que falta amor, donde sólo encontramos envidia, odio, rencor, violencia, venganza. Tengamos fe en ese amor de Dios manifestado en Cristo, el enviado del Padre.

Señor, aumenta nuestra fe, para que crea siempre en tu amor, para que ame a mis hermanos y alegre tu corazón de Padre.



Querido lector:

El contenido de estas páginas
es el fruto de mi diálogo personal
con el Cristo que cada día me
fascina y apasiona más al darme
la experiencia gozosa de vivir la
existencia a la luz de sus Palabras
de Vida

Este mismo deseo para ti.

De todo Corazón.

Antonio Gilman
MPS